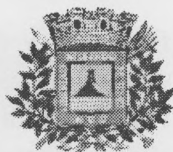
ACTO-MEMORIA

30 AÑOS DEL GOLPE DE ESTADO 1973 - 2003

Comisión de Derechos Humanos
y Políticas Sociales



Junta Departamental de Montevideo



Junta Departamental de Montevideo

Presidente
Sr. Carlos Varela Nestier

1er. Vicepresidente
Sr. Osvaldo Abi Saab

2º. Vicepresidente
Sr. Fernando González

Comisión de Derechos Humanos y Políticas Sociales

Presidenta: Bertha Sanseverino
Vicepresidente: Raffi Unanian
Secretario: Washington Piovesan

Teresita Ayestarán
Mario Cayota
Luis Facio
Graciela Garín
Delia Rodríguez
Cristina Ferro
Mario Linzo
Marcelo Maute

EDILA BERTHA SANSEVERINO
Presidenta Comisión de Derechos Humanos y Políticas Sociales

La Comisión de Derechos Humanos y Políticas Sociales ha decidido compartir con las montevideanas y los montevideanos, testimonios y reflexiones sobre el golpe de Estado del 27 de junio de 1973.

A 30 años de esa peripecia histórica donde se arrasó el Estado de Derecho, se sofocaron las libertades públicas, se desarrolló un vasto operativo de persecuciones, destituciones, militarización, registrándose el más alto porcentaje de presos políticos en América Latina, presentamos a algunos de sus protagonistas que, desde diferentes ámbitos de la sociedad, desempeñaron un rol decisivo.

Es nuestro deseo aportar a todos los ciudadanos, especialmente a los jóvenes, vivencias de esa época que no debemos olvidar.

Consideramos sumamente importante que estas voces lleguen a todos los rincones de nuestro país.

"EL PASADO DICE COSAS QUE INTERESAN AL FUTURO"

Eduardo Galeano

EDIL CARLOS VARELA NESTIER
Presidente de la Junta Departamental de Montevideo

Hemos recorrido estos últimos días acompañados de recuerdos, de hechos, fechas, personas, situaciones personales o generales, que marcaron nuestras vidas y que aún hoy son referencias que explican conductas, actitudes, existencias.

Hoy muchos se preguntan si es necesario seguir recordando estas fechas, si treinta años no son suficientes para olvidar aquellos hechos que abrieran tan profundas grietas en nuestro entretejido social. Si no es tiempo, se preguntan, de dar vuelta la página, de no tener ojos en la nuca y pensar en el porvenir.

Muchos de quienes tales preguntas nos hacen, cada año el catorce de abril van a la plaza que fue inaugurada por la dictadura para recordar a los

caídos en la lucha contra la subversión. Muchos de quienes tales preguntas nos hacen no dudan año a año en recordar infinidad de acontecimientos históricos, algunos nacionales, otros extranjeros, algunos muy cercanos en el tiempo, otros muy lejanos en él.

Entonces, ¿por qué esa disparidad de criterios? ¿Qué hace que hoy haya uruguayas y uruguayos que insistamos en recordar los años del oscurantismo y otras y otros insistan en olvidar?

El golpe de Estado de 1973 no fue sólo un acontecimiento que modificó dramáticamente el ordenamiento institucional de nuestro país; no fue sólo un asalto al poder para instalar un determinado modelo económico y social; no fue sólo un intento a nivel nacional y continental concertado y coordinado para aplastar el pensamiento progresista por muchos años, fue mucho más. Fue la desaparición del Estado de Derecho, sustituido por la arbitrariedad del abuso indiscriminado del poder; fue la persecución, la prisión o la muerte del diferente; fue la imposición de un modelo que intentó establecer una nueva forma de vida en todos los resquicios de nuestra existencia.

Quienes detentaban el poder indicaban quién podía trabajar, quién podía estudiar, quién podía seguir viviendo en libertad, o quién podía seguir viviendo, simplemente. La dictadura definía qué libro se podía leer, que música escuchar, qué obra de teatro o película ver. La censura era omnipresente y omnipotente. Por supuesto, ellos definían quiénes podían dictar cursos y sobre qué base hacerlo.

Le ordenaban a los jóvenes cómo vestirse o cómo usar sus cabellos; no les alcanzaba con intentar moldear sus mentes, también debían definir sus presencias físicas.

Intentaron modificar la identidad urbana cometiendo verdaderos crímenes culturales al demoler referencias históricas y sociales de nuestro acervo arquitectónico, sustituyéndolos por construcciones y espacios públicos caracterizados por la presencia fría del cemento y la piedra, tal vez extensión inconsciente de su propia alma.

Cuando una sociedad pierde las referencias morales, cuando la libertad pasa a ser un anhelo, cuando las familias se desgajan, cuando todo se nos impone más allá de nuestra voluntad, las consecuencias se pagan por generaciones.

Pero existieron, desde el mismo origen de la barbarie, miles de mujeres y hombres que por sobre su propio miedo se levantaron para enfrentarla. La formación democrática de nuestro pueblo se expresó como nunca en quienes desde las organizaciones sindicales, sociales, políticas, culturales y religiosas,

encontraron los caminos para unir, organizar y luchar contra la dictadura.

El mensaje de esperanza tuvo miles de formas y recorrió inesperadas sendas para llegar a cada uno de los que ansiosamente lo esperaba. Pero cada paso que nos acercaba a la salida, se pagaba con un altísimo precio que no queremos ni debemos olvidar.

Hay que recordar que así como hubo miles que supieron cumplir con su compromiso democrático, también hubo quienes fueron cómplices de la situación. Ninguna medida represiva se hubiera podido implementar, sin que en cada sitio hubieran existido civiles que colaboraran junto a los militares golpistas.

Muchos concurrieron al llamado para integrar el Consejo de Estado, las Juntas de Vecinos, los directorios de las empresas públicas. No vamos a olvidar a los que se prestaron para intervenir la Universidad y al resto de la enseñanza. No queremos olvidar a los que colaboraron en la delación y en la traición.

La salida establecida y las decisiones posteriores hoy hacen que compartamos los espacios sociales quienes combatimos a la dictadura y quienes la apoyaron.

Hoy los presos y sus torturadores caminan por las mismas calles. Los asesinos transitan junto a la sombra de aquellos a quienes asesinaron y desaparecieron.

Por eso, si bien hemos reconquistado la democracia y luchamos día a día por fortalecerla, esta sociedad debe seguir recordando lo que pasó, reflexionando sobre lo pasado y cómo esto se refleja en nuestra actualidad.

Cuando los culpables de la tragedia siguen reivindicando el crimen, las víctimas no podemos quedarnos callados. Nuestra fuerza radica en la memoria, nuestra convicción democrática se refuerza en el recuerdo de lo que ocurrió cuando se nos arrebató la libertad.

Nuestra obligación es trasmitir la experiencia a los que afortunadamente no vivieron aquellos años terribles, pero transitan estos años presentes sin saber que aquella sombra aún se proyecta hoy y aquí. Por eso, bienvenido el debate, bienvenidos todos los esfuerzos por continuar la empecinada búsqueda de los por qué.

La jornada de hoy intenta recoger desde diferentes ámbitos y protagonistas cómo se vivió esa etapa histórica y cómo se logró vencer el proyecto totalitario, contribuyendo desde la perspectiva histórica a imaginar cómo seguir.

DR. ADOLFO PÉREZ PIERA
Intendente Interino de Montevideo

Vengo a adherirme a esta jornada que ha organizado la Junta Departamental, este acto-memoria en torno a los sucesos ocurridos hace 30 años, que se suma a todas las instancias de reflexión, de debate y de discusión que se han organizado en esta oportunidad, quizá porque los 30 años representan un período bastante distante de aquellos sucesos, lo que nos permite discutirlos y analizarlos con menos apasionamiento. Claro que 30 años, desde el punto de vista histórico, son muy pocos, y seguramente será en otro momento, más adelante y con otros protagonistas, que se podrá hacer una evaluación más profunda de lo que fue este período tan triste y tan negro de la historia del país. Pero creo que es útil tratar de sumarnos a esa reflexión, tratar de entender qué fue lo que pasó, por qué una democracia como la uruguaya cayó en lo que cayó y por qué hubo responsabilidades, primero, naturalmente, de aquellos que levantaron los sables para hacerla caer, pero también de otros que de pronto no hicimos lo suficiente para impedir que ocurriera lo que nadie en Uruguay unos años antes suponía que podía suceder. Porque realmente creíamos que la democracia política era muy fuerte y que no podía sucumbir, a pesar de que había señales que indicaban que aquí podía ocurrir lo que ocurrió.

Creo que este tipo de sucesos no son simples, no pueden analizarse en forma simplista; hay que tratar de enriquecer la discusión con aportes, con puntos de vista diferentes, para ir construyendo la historia, ya sea para nosotros como para los que vendrán. Y creo que esta instancia, efectivamente, puede ser una contribución más a ese fin.

Quiero hacer dos referencias, en la medida en que ésta es una instancia en la que se pretende, a través de distintos protagonistas, traer a la memoria algunos hechos para sumar a ese debate. Son dos referencias que siento que habría que plantear.

La primera tiene que ver con la huelga de los funcionarios municipales. Precisamente, el otro día conversaba con Platero –ex Secretario General de ADEOM- en la inauguración de la plaza denominada Huelga General, ubicada en 8 de Octubre, y recordaba lo que fue en ese momento la huelga de los funcionarios municipales, con una ADEOM con sus dirigentes presos, pero que supo responder en forma masiva, contundente y combativa. Nosotros tuvimos el honor de participar en esa instancia y en otras subsiguientes, tratando, en el marco de la dictadura, que dificultaba en gran medida las posibilida-

des de la acción sindical, de mantener la presencia gremial. Y recuerdo que con Platero fuimos electos por la lista de ADEOM para integrar la Cooperativa Municipal, como forma de marcar una presencia del gremio aún cuando ninguno de los dos teníamos conocimiento o experiencia con respecto a la acción cooperativa. Creo que vale en esta instancia hacer referencia a esa huelga general que dieron los trabajadores uruguayos y, en particular, a lo que fue la de los funcionarios municipales.

Y la segunda referencia tiene que ver con un homenaje a un sector de la población. Yo creo que no se le ha dado la debida importancia a lo que fue la larga lucha de resistencia que existió en Uruguay. Naturalmente, cuando hacemos un homenaje a las víctimas de la dictadura siempre traemos a colación, en primera instancia, a aquellos que la sufrieron en su integridad física: los asesinados, los detenidos desaparecidos, los presos y los exiliados, quienes seguramente fueron los que pagaron más duramente la resistencia y la lucha. Pero creo que también hubo una buena porción del pueblo uruguayo que padeció la dictadura, que sufrió sus consecuencias pero que no se amilanó y que desde distintos ámbitos de la sociedad fue organizando una resistencia que, en definitiva, fue minando las bases de sustento del régimen y determinando su fracaso. Creo que desde el ámbito sindical, desde el ámbito estudiantil, pero también desde la red social que se fue creando, organizaciones populares, organizaciones sociales, centros culturales, ámbitos vinculados al periodismo, fueron gestando de a poco una resistencia que era incontrolable para el gobierno. No siempre lo tenemos presente porque muchas veces fue una resistencia silenciosa, no demasiado vistosa, pero fue la que prendió, en ese mano a mano, un rayo de esperanza.

Particularmente, tuve una experiencia de trabajo en el CLAEH, que fue un centro que surgió en el marco de la dictadura como refugio para la tarea de académicos. Allí dieron clases los expulsados y los que habían renunciado a la Universidad, como Danilo Astori, Couriel, Faroppa, etc. Era un pequeño refugio donde íbamos a escuchar las interpretaciones más acabadas sobre la situación económica, sobre la situación social del país, pero que a su vez, era un punto de control del régimen. Recuerdo que en una de las gestiones que se hacían para obtener autorizaciones por las dificultades que nos ponían, una compañera nuestra -también funcionaria municipal, hoy fallecida- habló con el inspector Castiglioni, de triste memoria, que le explicó que cualquier tipo de curso o de charla que se diera era peligrosa para el régimen porque una sonrisa, una mirada, un gesto podía ser subversivo. Y, efectivamente, era así. De lo que no se daba cuenta Castiglioni era de que un régimen que se basa en

el control de las miradas, de los gestos, de los guiños de toda una sociedad, no tenía mucho futuro. Efectivamente, así fue que cayó.

Quiero recordar esto porque mucha gente, en forma anónima, trabajó, organizó, creando una red social muy importante de donde después salen el PIT-CNT, ASCEEP, organizaciones populares de todo tipo, que el régimen despreció, no tomó en cuenta la potencialidad que tenían. Si hoy volviera, la dictadura no permitiría que esta red social tomara el rol que tomó.

Perdónenme, porque quizá me extendí demasiado, pero me sentía con ganas de plantear estos dos recuerdos.

Les deseo el mejor de los éxitos y que esto también sea una efectiva contribución a ese nunca más que todos sentimos.



SR. LUIS PUIG
Secretario Comisión Derechos Humanos del PIT-CNT

En primer lugar, el agradecimiento a la Junta Departamental por esta contribución a rescatar la memoria colectiva del pueblo uruguayo.

Permítanme, también, trasmitir un apretado abrazo de quien para nosotros es símbolo de la resistencia a la dictadura y, de alguna manera, referente permanente en las luchas del movimiento sindical: el compañero José D'Elía.

Para nosotros, como movimiento sindical -en esta sala hay varios compañeros que fueron protagonistas en las primeras filas de resistencia a la dictadura, compañeros que participaron de la Dirección de la CNT en aquel momento-, estos debates tienen un valor fundamental; para otros sectores, tal vez, signifiquen tener los ojos en la nuca.

Para nosotros, identificar, tratar de ser rigurosos en el análisis histórico de las condiciones por las cuales se instala la dictadura cívico-militar en nuestro país es fundamental para las generaciones futuras, es fundamental para un reaseguro democrático del Estado, para poder asegurar que el terrorismo de Estado no se instale más en el país y en la región.

El golpe de Estado, que se sitúa con precisión el 27 de junio de 1973, en realidad fue parte de un golpe en cámara lenta que se fue dando durante varios años. Ya en el año 1968 existían mecanismos de contralor y de represión en el Uruguay que bien podían definirse como una dictadura constitucional en aquel entonces. El permanente recurso de las Medidas Prontas de Seguridad, de la represión en las calles a los estudiantes, de la militarización de trabajadores -de los bancarios, de UTE-, de la represión generalizada, no era una cuestión anecdótica: formó parte, desde nuestro punto de vista, de una respuesta de clase. Las clases dominantes pretendían una transformación que permitiera el traspaso de ingresos, como efectivamente se dio durante la dictadura, de los sectores asalariados a las clases dominantes de este país. Por eso comenzó a generarse un mecanismo por el cual se fueron cercenando las libertades; en el tema de la cultura hubo persecución; se desarrolló la instalación de una Ley de Educación en el país, una ley que fuera funcional a un sistema autoritario. Es decir, durante mucho tiempo se limitaron las libertades de los uruguayos, aun antes de la disolución del Parlamento el 27 de junio de 1973.

En ese marco, entendemos que el movimiento sindical jugó un papel al servicio del conjunto de la sociedad. Definir la huelga general en caso de golpe de Estado, a mediados de la década del '60, no fue un mecanismo adminis-

trativo. De alguna manera, el movimiento sindical comenzó a preparar las instancias decisivas de enfrentamiento ante el advenimiento de una dictadura cívico-militar. Al mismo tiempo, en el seno del movimiento obrero se estaban dando, se estaban aceitando mecanismos que para nosotros tienen una importancia fundamental para la población. Me refiero a la cultura de asambleas, a la cultura democrática, a los debates que, sin estar exentos de discrepancias, estuvieron teñidos durante todo ese período de un fuerte componente: la unidad del movimiento sindical. Porque de esto también se nutrió la historia de este país. Cuando dirigentes de la talla de Gerardo Cuesta o de León Duarte discutían diferentes estrategias para enfrentar el advenimiento de una dictadura en el Uruguay, lo hacían con la riqueza que tenían, que era el resultado de las discusiones de miles de trabajadores. La cultura de la asamblea, de la discusión, del debate, del intercambio de ideas, de los debates -muchas veces enfervorizados-, hicieron a la cultura democrática, que es también un aporte del movimiento sindical al conjunto del país.

Mucho se discutió a principios de la década del '70 sobre cuáles eran las características que adquiría el autoritarismo en este país. Se discutió mucho sobre cuál era el papel que venían a cumplir las Fuerzas Armadas en este rincón del continente americano. Fueron discusiones duras, discusiones de alguna manera zanjadas a partir de que queda absolutamente claro el papel represivo de las Fuerzas Armadas, que no fueron autónomas. Estamos convencidos de que el golpe de Estado y la dictadura en este país no fue una experiencia aventurera de un sector de militares: fue una respuesta de clase. Y contaron con los principales cuadros de las clases dominantes para llevar a cabo sus tareas. No es casual que el Ministerio de Economía haya estado en manos de quien estuvo, y no es casual que la Cancillería haya estado en manos de quien estuvo. Las clases dominantes tuvieron su papel, aportando sus mejores cuadros a la dictadura para oprimir al pueblo uruguayo.

En ese marco, nos parece importante señalar el papel de los distintos sectores de la sociedad. Es bueno destacar que el propio 27 de junio hubo sectores de cámaras empresariales que corrieron presurosos a saludar al dictador de turno que los liberaba de la dictadura sindical. Mucha veces el movimiento sindical ha recibido reprimendas de sectores que aparentemente fueron democráticos en todo su accionar y que, sin embargo, nos cuestionan. Cuando en este país las libertades públicas fueron claramente sojuzgadas y se sometió a la población al terrorismo de Estado, el movimiento sindical lo enfrentó con una huelga heroica de 15 días, con gente ocupando las fábricas, con

el barrio concentrado en torno a cada una de las fábricas, haciendo posible la existencia de ollas sindicales. Pero hubo sectores que respaldaron a la dictadura. Y esta es una verdad histórica que, de alguna manera, debe servir como reflexión para sacar conclusiones que sirvan para el comportamiento de los distintos sectores de la sociedad en el futuro.

En estos días de conmemoración de los 30 años del golpe de Estado, hemos escuchado muchas versiones; algunas dicen: "Todos fuimos responsables. Acá hay una responsabilidad compartida". Y nosotros creemos que eso es un agravio, no sólo a la verdad histórica sino a las futuras generaciones, a los jóvenes que necesitan, indefectiblemente, saber qué pasó en este país. No es posible comparar responsabilidades. No es posible poner en un grado de igualdad a quienes enfrentaron a la dictadura y a quienes colaboraron con ella. No es posible poner en un grado de igualdad a torturados y torturadores. Porque en este país, desde nuestro punto de vista, no ha pasado lo que ha dicho el señor Presidente de la República en ocasión de hacer suyo el informe de la Comisión para la Paz, es decir, que hubo un desencuentro de los orientales durante muchos años. No; en este país existió terrorismo de Estado, se torturó, se encarceló, se hizo desaparecer, se cometieron los crímenes más aberrantes. Pero esos crímenes no sólo están circunscritos a quienes sufrieron en forma directa la represión; fue el conjunto de la sociedad la que padeció el terrorismo de Estado. Cuando en las puertas de los liceos se humillaba a los jóvenes revisando el largo de las faldas de las mujeres y el largo del cabello de los varones, cuando había que pedir autorización para realizar una reunión familiar, cuando prácticamente estaba prohibido jugar al fútbol en las calles, era el conjunto de la sociedad la que sufría el terrorismo de una manera muy clara.

En ese contexto, el movimiento sindical, junto a otros sectores, jugó un papel en el Uruguay, jugó un papel en el exilio, jugó un papel en la denuncia. Para nosotros -fue lo que heredamos de esa generación de dirigentes que tuvieron un papel fundamental en la huelga general- el hecho de denunciar, de señalar lo que estaba ocurriendo en Uruguay, jugó a nivel mundial un papel fundamental. La reivindicación de la amnistía general e irrestricta fue en aquel momento una de las banderas fundamentales de nuestro pueblo. Comenzó a hablarse del tema de la verdad, de la aparición con vida de los desaparecidos; comenzó a reivindicarse el tema de la justicia, que hoy es un compromiso, porque no hay sociedad que pueda construirse sobre la base de la mentira ni de la impunidad. La verdad y la justicia adquirieron un papel fundamental. Sin duda, en las fábricas ocupadas y en cada uno de los lugares donde vivieron los

uruguayos que enfrentaron a la dictadura hubo formas de resistencia, de heroísmo; en todos ellos se generó una cultura de la solidaridad, que se dio en muchos aspectos. Seguramente, los compañeros que hoy integran la Mesa pueden dar una muestra clara de ello, del papel que jugaron los familiares de detenidos desaparecidos desde el primer momento, del papel que jugaron los propios sobrevivientes de los campos de concentración denunciando la dictadura, de los papeles anónimos y de los pequeños actos de heroísmo que trascienden la época tenebrosa de la dictadura.

Por ejemplo, se me representa la imagen de la maestra Elena Quinteros, detenida el 24 de junio en su casa, quien logra engañar a sus captores diciéndoles que tenía un contacto en la calle Bulevar Artigas. Elena sola, enfrentada a los Gavazzo, a los Silveira, a los Cordero -que la tenían detenida y torturada desde hacía días-, logra por unos minutos evadir y engañar a sus captores e ingresar a la Embajada de Venezuela. El nuevo secuestro genera la ruptura de relaciones diplomáticas y una denuncia a nivel internacional.

Para nosotros es fundamental el papel que jugaron miles de uruguayos en las cárceles, en el exilio, en la clandestinidad. Entendemos que todos ellos dejaron un legado muy importante para que hoy el conjunto de la sociedad -con el aporte fundamental de las organizaciones de derechos humanos y de las madres y familiares de presos políticos- se plantee que en el Uruguay es posible que la justicia actúe ante casos de delitos de lesa humanidad, es posible que Uruguay deje de estar rezagado en cuanto a lo que a nivel internacional es la doctrina que empieza a darse la humanidad para juzgar los crímenes cometidos contra ella.

Creemos que en el último período se han dado algunos pasos importantes; algunos pasos importantes que habrá que reafirmar. Nunca habría existido una acción de la Justicia con relación al secuestro de Elena Quinteros, nunca habría ido Juan Carlos Blanco a prisión si no hubiera existido el valor, el compromiso de madres y familiares, si no hubiera existido el valor y el compromiso de los sobrevivientes de los campos de concentración, y si organizaciones sociales -entre ellas, el PIT-CNT y aquellas vinculadas a los derechos humanos- no hubieran planteado el tema de la verdad y la justicia como una cuestión inalienable.

El movimiento sindical sigue convencido del valor de la libertad, de la solidaridad, y estará dispuesto en toda circunstancia a seguir contribuyendo todos los días a lograr una sociedad más justa, más fraterna, más solidaria.

SRA. LUISA CUESTA
Asociación de Madres y Familiares de Uruguayos Detenidos-Desaparecidos

Yo también quiero agradecer a esta Junta que nuestra palabra esté en ella en este momento.

No voy a hablar de la dictadura en sí, sino que voy a relatar ciertos hechos personales que viví durante ese período.

Mis recuerdos empiezan el 1º de mayo de 1973. Yo viví siempre en el interior del país, en la ciudad de Mercedes. Allí nació mi hijo, se crió, estudió, fue al liceo, jugó al fútbol como todos los jóvenes del Uruguay que tienen inclinación por el deporte, y actuó a nivel estudiantil y también a nivel político a temprana edad. Eran otros tiempos y otra juventud, de la cual tengo muy vivos los recuerdos. Mi casa era el club social, estudiantil y político. Mi hijo llevaba a mi casa a los compañeros de todos los círculos en los que participaba. Yo, cuando estaba en mi casa, cuando no estaba trabajando, escuchaba sus conversaciones y vivía lo que vivía la juventud.

Creo que aquella juventud, esa generación de la que perdimos a muchos en la dictadura, empezó muy temprano a querer solucionar el problema del mundo y estaba convencida de que lo iba a resolver. Ellos querían un mundo mejor, sin miseria. Hablaban convencidos de que lo iban a lograr; pero hoy vemos que no fue así, que aquello fue una utopía saludable para ellos porque la vivieron con todo el entusiasmo que tenían.

Volviendo al 1º de mayo de 1973, digo que mi hijo ya estaba casado y vivía en Montevideo; yo seguía viviendo y trabajando en Mercedes. Ese 1º de mayo él fue a Mercedes y llevó a mi nietita, que en ese momento tenía dos años. Me dijo: "Mamá, vienen tiempos difíciles. Con Alicia -que era su compañera-pensamos que lo mejor es dejarte a la nena. Yo sé que estoy en una lista de requeridos. Y, bueno, me voy a poner a resguardo. Te vamos a dejar a la nena". Estuvo en casa unos días, y antes de cumplirse la semana me dijo: "Mamá, no te vamos a dejar a la nena. A vos te van a llevar". Yo le expresé: "¿A mí? ¿Por qué? Por ser la madre del héroe no me van a llevar". Despectivamente se lo dije porque entendía que no era posible que se pretendiera que yo fuera presa por lo que él hacía. Me contestó: "Mamá, no te dejamos a la nena. La voy a mandar buscar. Yo ahora no la llevo, pero la mando buscar porque a vos te llevan". Entonces, en los primeros días del mes de junio una patrulla del ejército me fue a buscar al lugar donde yo trabajaba. Era administrativa en un taller de chapa y pintura de

Mercedes que tenía 17 ó 18 empleados, muchos para lo que era un taller. Me fueron a buscar y me dijeron que los tenía que acompañar. Les pregunté: "Bueno, tengo un patrón. ¿Ustedes le dijeron a mi patrón que los tengo que acompañar?". Me respondieron: "No, señora." Entonces, les dije: "Bueno, permítanme que yo le avise que los tengo que acompañar". Entonces me llevaron a mi casa y la allanaron. Esa fue la primera vez; después la allanaron varias veces. A los pocos días me llevaron al cuartel de Mercedes, donde me retuvieron durante tres días. Luego, me pusieron en libertad. Recuerdo que el día que me otorgaron la libertad aún no se había dado el golpe. Había ido Turiansky al Plenario Intergremial de Mercedes, al que yo pertenecía. Fui a escuchar la conferencia que daba Turiansky en la Sociedad de Bancarios. Los bancarios me preguntaron: "¿Por qué viniste?". En una sociedad chica de una ciudad del interior, yo ya en ese momento, según todos los compañeros, "quemaba"; no tenía que ir a los lugares donde estuvieran otros porque los comprometía. Esto es lo que entendí. Yo fui a escuchar lo que decía Turiansky. Allí se encontraba una chica que no conocía y que había ido de Montevideo. Ella me preguntó: "¿Usted es la madre de Nebio?". "Sí." Me dijo: "Bueno, dice Nebio que se vaya de Mercedes porque a usted la vuelven a llevar al cuartel". Yo dije: "¡Qué me van a llevar! ¿Por qué?". Entonces vino el golpe de Estado. Recuerdo que al lado de mi casa vivían unas vecinas jóvenes. De mañana temprano me despiertan y me dicen: "Luisa, hay música militar y no hay escuela, golpe de Estado". Y me preguntan: "¿Qué es el golpe de Estado?". Ese es el nivel de la población en el interior del país. Yo, como tengo algunos años y ya había sufrido el golpe de Estado de Terra, podía decirles claramente lo que era realmente un golpe de Estado.

El día 28 de junio del '73, a eso de la una de la mañana, se presenta una patrulla en mi casa. Revisan de nuevo la casa y el oficial a cargo de la patrulla habla con el comando del cuartel de Mercedes y dice: "La dueña de casa está sola". Entonces, le dan la orden de que me lleven. El oficial me dice: "Abríguese, la tengo que llevar". Si me tenía que llevar, me llevaba; yo no tenía opción alguna.

Pienso que yo había tenido determinadas actitudes frente a la represión porque, realmente, no me sentía culpable de nada. Es así que hablaba con total libertad. Si me hubieran puesto una capucha cuando llegué, la habría aceptado porque yo había oído hablar de la capucha. De lo que nunca había oído hablar era de que le vendaran los ojos a uno. Cuando uno de los chicos que trabajaban en el cuartel me saca los lentes y se dispone a ponerme una venda en los ojos, primero no entendí qué estaba haciendo y le dije: "¿Qué está haciendo usted?". Cuando me doy cuenta porque termina de ponerme la venda en los ojos, le digo:

"¡Ah, no! Esto no se debe haber visto ni en los tiempos de la Inquisición". Los militares de Mercedes me echaron en cara que eso era hablar mal de las Fuerzas Armadas. Pero yo lo dije por no conocer que en un cuartel vendaran los ojos. Si me hubieran puesto la capucha, como dije, lo habría aceptado porque eran las normas que tenían; pero yo nunca había oído que a nadie le vendaran los ojos.

Les hago estos relatos porque es lo que les puedo decir. Yo no les voy a hablar de la dictadura; toda esta semana hemos oído mucho al respecto en la televisión y en la radio. Además, estamos oyendo a otros compañeros que pueden hablar de eso mucho mejor que yo. Simplemente, les estoy hablando de mi historia durante la dictadura.

Me llevaron al Juzgado militar. Recuerdo que el Juez que me tocó fue el hermano del Goyo Álvarez. Cuando salí de Mercedes, me dijeron: "El hermano del Goyo te procesa". Tuve la suerte de que no me procesara. Pero cuando volví al cuartel de Mercedes nuevamente me dejaron incomunicada. Los incomunicados estábamos en una carpa de lona -una de esas carpas de Vietnam, con piso de madera de cajones-, ubicada en el patio del cuartel de Mercedes.

Entonces, después de pasar al Juez, fui de nuevo incomunicada y enviada a la misma carpa, hasta que los compañeros que estaban esperando pasar a Juez -nos hablábamos a través de gestos, formando las letras del alfabeto con las manos, levantándonos la venda lo que podíamos para poder intercambiar algo y comunicarnos- me preguntaron si me animaba a hacerme la loca, porque yo estaba trancando a todos los demás que no habían pasado a Juez. Les dije que no tenía problema. Nos podíamos bajar la venda en el momento que nos daban la comida. Los que repartían la comida eran los chicos estudiantes jóvenes que estaban presos con nosotros, y yo empecé a protestar porque el pan era chico, porque me daban poca carne, por mil cosas así, para que dijeran que estaba mal de la cabeza. Entonces, fueron a declarar al S2 que yo les hacía la vida imposible en la carpa, que me sacaran de allí y me mandaran al calabozo de una vez, puesto que ya había pasado a Juez; que me dieran la libertad o me pasaran al calabozo. Cuando el compañero Ricardo Blanco Valiente, que hoy está desaparecido y que en aquel momento estaba preso en la misma carpa que yo, fue a hablar al S2, el sargento de allí le dice: "Pero me vas a decir a mí, hermano, si el otro día la vi buscando pulgas". Y era cierto: me había visto. Yo me había levantado la venda en plena mañana porque habían levantado un ala de la carpa y entraba el sol. Y como a mí me comían las pulgas, me puse a revisar la frazada -aunque no tenía lentes, porque me los habían sacado- para ver si encontraba alguna pulga a fin de aliviarme la comezón de la noche. Cuando yo lo vi pensé: "Me bajo la venda", porque estaba con la venda levantada; pero después me

dije: "Yo ya soy mayor, no me bajo nada; si quiere, que venga él y me la baje". Entonces, me quedé con la venda levantada; después de que se fue me la bajé, por supuesto.

El domingo siguiente a que el compañero fuera a decir que yo estaba mal de la cabeza y que me tenían que sacar de la carpa, me llevaron a un interrogatorio. Era domingo. Con la máquina de escribir para registrar lo que dijera -en aquel tiempo todavía no se usaban computadoras-, el escribiente empezó a hacerme preguntas. Eran las mismas de siempre, o sea, nombre de mi madre, de mi padre, cuántos años tenía. Pero el nombre de mi madre se me había borrado totalmente, sí dije el de mi padre. Él siguió haciendo preguntas, pero en lo único que estaba mi cabeza era en cómo podía haber olvidado el nombre de mi mamá. Yo había perdido a mi madre a los cinco años, pero tenía muy claro su nombre. Él hacía preguntas, pero yo no sabía lo que contestaba porque sólo pensaba cómo se llamaba mi mamá. Hasta que por la mitad del interrogatorio le dije: "Perdón, me acordé de cómo se llamaba mi mamá. Se llamaba Petrona Vila". Ni bien lo dije, comencé a pensar: "Pero mi mamá no se llamaba Petrona. ¿Por qué le dije Petrona Vila?". Otra vez se repetía la misma historia de las preguntas y yo sin saber qué contestar, porque me decía: "Dije mal el nombre de mi madre". Al final del interrogatorio le dije: "Mi mamá se llamaba Josefa Vila".

Cuando llegué a la carpa me preguntaron: "¿Cómo te fue?". Mi contestación fue: "No me hice, estoy". Porque realmente no me hacía la loca sino que estaba: no acordarme de cómo se llamaba mi madre significaba que estaba totalmente desequilibrada. La cuestión fue que al otro día me pasaron al calabozo.

Después de eso, un día vino el teniente que estaba a cargo de nosotros y me dijo: "Señora Cuesta, tengo que decirle que el Juez decretó su libertad" -yo ya lo sabía porque, por intermedio de otros presos que tenían visita, mi familia me había mandado decir que no me habían procesado- "pero el Comando entiende que usted se queda por medidas de seguridad". A lo que le pregunté: "¿Soy peligrosa, teniente?". Me dijo: "Más de lo que usted se supone". Sin embargo, hasta el día de hoy estoy por saber por qué; quizás algún día lo sepa.

Luego de todo este periplo en el cuartel de Mercedes, quedé en libertad, pero con medidas de presentación. Me llevaron el 28 de junio y me soltaron el 31 de enero del '74. En fin, quedé bajo régimen de presentación en los años '74 y '75, por lo que no podía salir de Mercedes sin pedir permiso. Yo tenía a casi toda mi familia acá en Montevideo, por lo que para venir tenía que presentarme y pedir permiso para salir de la ciudad, luego presentarme en Montevideo, y después, cuando volvía, llevar a Mercedes la firma del lugar en el que me presentaba.

Me presenté hasta enero de 1976; me presentaba los primeros días del mes. En realidad, también me presenté el 1° de febrero del '76. En ese entonces, mi nuera me avisó que me trasladara a Buenos Aires porque mi hijo estaba enfermo. Yo pensé que lo habían llevado preso, pero no podía pedir permiso en el cuartel para salir del país porque no me lo iban a dar. Por lo tanto, salí sin permiso, o sea, en marzo no me presenté. Creí que en marzo iba a poder volver para presentarme. Me dije: "Si me precisan, vuelvo de nuevo a Buenos Aires". Pero ya en Buenos Aires las cosas se complicaron; empezó todo el tema de presentar hábeas corpus, de estar en Naciones Unidas, en fin, se me complicó, y en marzo no pude venir a presentarme, por lo que me quedé en Buenos Aires bajo la protección de las Naciones Unidas un año y medio.

Al año y medio, Naciones Unidas me dijo que no me podía dar más protección en Argentina. Yo no podía volver a Uruguay porque me había ido en régimen de presentación y no quería volver al cuartel; por tanto, me fui al exterior: estuve en Holanda cerca de nueve años. Mientras estuve en Europa trabajé en la Asociación de Familiares de Desaparecidos, AFUDE. Todos los que teníamos desaparecidos en Uruguay trabajábamos en Europa e íbamos a Naciones Unidas siempre que se trataba el tema. En Holanda trabajábamos en lo que podíamos, para obtener finanzas para los presos de Uruguay.

Volví a Uruguay el 16 de julio de 1985; me dieron el pasaporte en Holanda y volví. Inmediatamente, fui a la Asociación de Madres de Familiares Desaparecidos en Uruguay. Ya estaban unidas las madres que tenían desaparecidos en Argentina con las que tenían desaparecidos en Uruguay, y vinimos las que estábamos en el exilio para trabajar todas juntas en Uruguay. Desde ese momento hasta hoy, he dedicado mi vida a esto. Creo que en un primer momento todas nos dedicamos a buscar a nuestro hijo, a nuestro familiar, a encontrarlo con vida; pero hace mucho tiempo que yo -al menos-, estoy segura: no busco a mi hijo, sino que busco que nunca más haya desaparecidos en este país. Eso es lo fundamental para mí: luchar contra la desaparición forzada, porque es el crimen más horrendo que puede existir, sobre el que desaparece y sobre todo, el núcleo familiar. Yo hoy no tengo a mi hijo porque está desaparecido; no tengo a mi nieta porque quedó con su madre en Holanda, o sea, que disgregaron totalmente a la familia.

Pienso que el crimen de la desaparición forzada es el más horrendo, y mientras tenga vida, ésta seguirá encaminada en ese terreno. No es que no me preocupen los demás derechos humanos; sí, me preocupan todos. Me preocupa la situación del país y la siento como todos los que vivimos aquí; me preocupa la

falta de trabajo, me duelen los niños que no comen, pero, bueno, mi vida está dirigida a que, en lo posible, mi esfuerzo dé como para que en este país, frente a una nueva represión, no haya más desaparecidos. Eso es lo que busco, y siempre que hablo en algún lugar lo tengo presente: no quiero la desaparición forzada.

Muchas gracias.



DR. JORGE LANDINELLI
Ex Secretario General de FEUU y Ex Decano de la Facultad de Ciencias Sociales

De acuerdo con la intención de los organizadores de la reunión, lo que me correspondería sería incorporar uno de los componentes significativos de este proceso que hoy estamos recordando, que desembocó en el golpe de Estado y en ese largo decenio dictatorial que sufrió nuestro país, y hacer una mención -obviamente, muy rápida- al aporte que realizaron los estudiantes universitarios.

De todos modos, antes de señalar dos o tres cuestiones me gustaría hacer dos advertencias, un poco sugeridas por diferentes conversaciones que hemos tenido en el transcurso de los últimos días sobre este mismo tema.

La primera es que hay que tener en cuenta que esta idea de dar testimonio, que es enormemente importante y rico, nos introduce en un terreno sumamente selectivo. El recuerdo está mediado por el tiempo, por décadas ya, y de

algún modo nosotros hacemos lo que un famoso historiador inglés decía, que es parecernos a los pescadores cuando rastreamos en el tiempo y miramos hacia atrás. Edward Carr señalaba en uno de sus trabajos que quien indaga en el pasado se parece a un pescador más que cualquier otro, porque no hay ninguno que no tenga claro qué es lo que va a buscar; ningún pescador que se precie -acá debe haber unos cuantos- toma cualquier anzuelo para ir a pescar cualquier cosa; sabe qué es lo que va a ir a buscar. Y quienes rastreamos en el pasado, de algún modo tenemos una actitud selectiva análoga.

Ante acontecimientos de la magnitud de los que hoy nos convocan, con toda seguridad muchos de sus protagonistas pueden dar opiniones diferentes, pueden tener percepciones disímiles sobre muchas cuestiones sustantivas, pero seguramente el tiempo ayudará a dilucidar, a que se pueda estudiar con más rigor ese momento histórico, y también a conocernos mucho mejor.

La segunda advertencia que me parece importante refiere a cierta incomodidad que he encontrado en estos debates. Se sienta a un viejo Secretario General de la FEUU, y lo que de alguna manera se espera de ese individuo son consejos sobre el presente; más allá de que para cualquiera es incómodo sentirse como una reliquia, lo que se pretende es algo así como dialogar con un portador de una especie de épica heroica propia de otro tiempo que constituye un modelo infalible para los que actuamos en el presente. Esto es un verdadero absurdo: no fue épica ni heroica; fue, simplemente, lo que caracterizó a ese segmento de la juventud -también a otros sectores de la sociedad uruguaya-, es decir, su responsabilidad histórica, a costa de muchos sufrimientos, de mucho miedo, de vencer muchas vacilaciones. Los personajes del '68 -y acá hay muchos-, los personajes de la época del golpe de Estado -y seguramente acá hay más-, o los que vivieron la época de la dictadura, si enfrentaron, si asumieron esos acontecimientos y fijaron un jalón importante en la historia social del país a través de las luchas y la movilización popular, fue por un sentido de responsabilidad histórica, y no por estar imbuidos de una especie de heroísmo extraordinario, que no existió, que es una imputación que se hace hoy al pasado. Los que vivimos aquella época -y todos debemos reconocerlo- sabemos que lo hicimos a costa de mucho sufrimiento -y lo repito porque a nadie debe perturbarle- y a costa de mucho miedo.

¿Cuáles son los acontecimientos? Se ha dicho -y yo lo comparto totalmente- que el golpe de Estado del 27 de junio fue el momento de condensación -seguramente el más complejo-, el momento de inflexión histórica de un proceso que venía de larga data, que por lo menos venía madurando desde el

momento en que en junio de 1968 se implantaron en el país las Medidas Prontas de Seguridad. Y Uruguay vivió desde entonces un régimen de excepción casi permanente, con sofocamiento de las libertades públicas, con persecuciones, con destituidos, con militarizados, con diarios clausurados, con las libertades de asociación y de reunión -elementos básicos de los derechos constitucionales en este país- suspendidas.

Para los universitarios, la huelga general, además, se encadena con otro acontecimiento importante, que fueron las elecciones universitarias del 12 de setiembre de 1973. A nosotros, hablar del golpe de Estado nos remite inmediatamente a la huelga general, y nos proyecta inmediatamente hacia lo que fue una gran batalla democrática que el movimiento estudiantil universitario dio, que fueron esas elecciones universitarias que la comunidad progresista, democrática, de la Universidad de la República convirtió en un verdadero plebiscito contra la dictadura pocos meses después.

La Federación de Estudiantes era en ese momento una institución con una trayectoria importante. Se había creado en 1929, y a lo largo de los años había tenido una muy sorprendente continuidad en el contexto de lo que son las organizaciones de ese tipo, las organizaciones similares, no solamente en América Latina sino en el mundo entero, y se había instalado en la realidad nacional con una personalidad propia muy marcada. Era una organización diversa, una organización plural, en la cual circulaban y actuaban corrientes de pensamiento muy diversas pero que tenían un conjunto de principios básicos de articulación que le daban coherencia, y que le permitían ubicarse con cierta prestancia, digamos, en el escenario nacional. En primer lugar, un muy fuerte compromiso universitario. Lo primero que definía a la FEUU desde sus orígenes era el compromiso con la Universidad de la República, con esa institución, con ese componente del Estado uruguayo que es la Universidad de la República, a la cual se le asignaron funciones clave en la proyección de una realidad nacional diferente a través del desenvolvimiento de sus actividades típicas, a través del cultivo del conocimiento. En 1958 se había obtenido la Ley Orgánica, y el movimiento estudiantil universitario, la Federación de Estudiantes Universitarios, participaba en el gobierno de esa institución.

En 1973, cuando el golpe de Estado, un elemento clave del comportamiento masivo de los estudiantes fue la defensa de esa institución, tremendamente agredida en los años previos.

Un segundo componente de esa identidad del movimiento estudiantil universitario era su compromiso social, su sentido de la solidaridad social y,

en particular, su relación, su vínculo de unidad, su nexo de unidad con el movimiento sindical, con el movimiento obrero organizado en el Uruguay, que tiene también una larguísima historia -y no quiero ser más que indicativo- pero que, como todos sabemos, se había potenciado desde 1958, porque la Ley Orgánica de la Universidad de la República fue posible, en buena medida, porque a la movilización universitaria se sumó la movilización obrera, para convertir el tema universitario en un tema de una proyección muchísimo más amplia que garantizó que la Ley Orgánica fuera aprobada.

Yo, que he tenido oportunidad de conocer bastante el movimiento estudiantil latinoamericano, y algo más que el latinoamericano, sé que hay ciertas peculiaridades que no se pueden dejar de lado: la Federación de Estudiantes participó en el Congreso del Pueblo en 1965; participó en el Congreso de Unificación Sindical, que dio lugar a la creación de la Convención Nacional de Trabajadores, en octubre de 1966; y una cosa que es muy llamativa: eso que era una organización estudiantil de jóvenes de clase media, de clase media alta, que pertenecían a una institución elitista como la Universidad de la República, esa organización fue parte de la Mesa Representativa de la Convención Nacional de Trabajadores hasta el momento del golpe de Estado y, en lo que se pudo, en los momentos posteriores a la ilegalización de la CNT y de la Federación de Estudiantes.

Muchos de los jóvenes que participan en la huelga general son los que habían vivido la solidaridad obrero estudiantil en el '68, otros que habían vivido la solidaridad con el movimiento obrero cuando la huelga bancaria en el año '69, otros que habían vivido el inmenso movimiento solidario de la Universidad hacia la huelga frigorífica en el año '70, otros que habían vivido la solidaridad con el Sindicato cuando la huelga de la enseñanza de fines del '72 y muchos otros conflictos que habían contado con el apoyo y el encuentro de los obreros y de los estudiantes. Ese era otro elemento importante.

También lo era un tercer elemento, que era el compromiso político de la Federación Estudiantil, también de larga data. La FEUU nació inmersa en conflictos políticos: nació enfrentando al golpe de Estado de Terra; prosiguió en los años '40, integrándose a los movimientos antifascistas en el Uruguay con una enorme fuerza; participó en el proceso de reforma constitucional del '51 con una inmensa movilización que tuvo efectos importantes en lo que tiene que ver con la autonomía de los entes de enseñanza en el Uruguay; en ese momento, los jóvenes universitarios que participan en la huelga general, que ocupan los locales universitarios y que, posteriormente, dan la batalla por

el plebiscito contra la dictadura -que fueron las elecciones-, son los jóvenes que enfrentaron las medidas de seguridad durante años. Es decir, no es un hecho súbito la huelga general: es un momento de condensación de una experiencia ya muy fuertemente acumulada y legitimada en la colectividad universitaria, en lo que era efectivamente una organización de masas, mediada por las masas, mediada por la participación, por la Asamblea, mediada por la controversia, por el diálogo y por actitudes esencialmente constructivas.

Un cuarto elemento que caracterizaba a la Federación de Estudiantes tiene que ver con el sentido antiimperialista; no puedo dejar de mencionarlo. Entre otras cosas, porque el acto de festejo que hizo la FEUU por el triunfo electoral del 12 de setiembre de 1973, por el importante logro de convertir un instrumento legal -establecido por la Ley de Educación del '72 para cambiar la correlación de fuerzas al interior de la Universidad- en una herramienta poderosísima de lucha contra la dictadura, se convirtió en un acto de solidaridad con Chile. El día antes, el 11 de setiembre, había sido el golpe de Pinochet. Y los miles de estudiantes que convirtieron su festejo de triunfo electoral en un acto de solidaridad con Chile fueron los mismos de la solidaridad con Cuba a lo largo de todos los años '60, fueron los mismos de la solidaridad con Vietnam, fueron los que repudiaron la intervención en República Dominicana en el '65 o el anterior golpe de Estado en Brasil, o el golpe de Estado de Onganía en la República Argentina; fueron los mismos que acompañaron con entusiasmo, con cariño -que es la palabra que me surge- la gesta del Che Guevara, y los que vivieron como propia la experiencia de la Unidad Popular en Chile. Ese elemento antiimperialista, que aparece también en la huelga general, y que tuvo capacidad de convocatoria cuando lo que estábamos enfrentando era una Doctrina de Seguridad Nacional que recorría prácticamente todo el continente y que se afincaba con una enorme fuerza y poder destructivo en el cono Sur, también se había madurado durante mucho tiempo.

Era una juventud con elementos de rebeldía; era una juventud que tenía una ideología un poco basada en la conciencia de que se vivía una fase de transición; una juventud anhelante por reemplazar lo viejo por lo nuevo, anhelante por construir una nueva realidad social en el país; una juventud que tenía un modelo de conducta sobre todo signado por compromisos críticos, por espíritu de solidaridad, etcétera; todo eso es lo que habría que analizar para caracterizar lo que fue en aquel momento el movimiento estudiantil universitario. Que no eran todos los estudiantes universitarios, no lo eran; pero el movimiento tenía una enorme capacidad de representación, como lo demostraron

aquellas elecciones y la capacidad de movilización de la FEUU, la capacidad de convocatoria sobre miles y miles de jóvenes.

No se trata de poner a la FEUU en el bronce; se trata de rescatar algo que es importante, que hay que tener en cuenta: me refiero al enorme valor de la continuidad histórica, al reconocimiento -en la densidad histórica- de la importancia que un organismo tuvo en los movimientos populares, en los movimientos sociales; es decir, la importancia de construir su propia identidad y el presente sobre la identidad heredada, corrigiéndola, mejorándola, pero sin renunciar a ella. Esto es importante.

Que no era perfecta, no lo era. Hablando con los que vivieron la transición de la dictadura a la reconstrucción democrática emerge un elemento que es muy importante y que yo señalo brevemente para terminar: no éramos perfectos. No es igual la visión que hoy tenemos en perspectiva histórica que la que teníamos cuando estábamos involucrados en acontecimientos que eran aluvionales, que muchas veces nos sobrepasaban, y viviendo una época que era diferente, en la que nuestras actitudes, nuestras conductas estaban muy fuertemente matrizadas por esa especie de convicción de que estábamos viviendo una etapa de transición hacia algo nuevo.

Por ejemplo, es evidente que la Federación de Estudiantes de aquellos años tenía una visión totalmente instrumentalista de la democracia, tenía un desencanto con respecto a la democracia. Era capaz de defenderla porque ello permitía identificar a los enemigos de la democracia, pero tenía una visión mucho menos densa que la que se expresa, por ejemplo, en el documento de la ASCEEP, o en el del Plenario Intersindical de Trabajadores, a la salida de la dictadura; en ellos hay un esfuerzo inteligente, importante y vigente por recuperar los valores democráticos. Fue un momento en el cual hubo una reapropiación del movimiento obrero, en primer lugar, y también del movimiento estudiantil, por parte del movimiento popular, de la democracia como un valor esencial para el logro de una sociedad mejor. Esa lúcida conciencia planteó objetivos -si se quiere, aún postergados, pero objetivos al fin- significativos, relevantes para el movimiento popular uruguayo, y dio lugar a esa conciencia del valor de la democracia. Esa desconfianza hacia una democracia formal que no era capaz de alcanzar la justicia social no existió en las generaciones posteriores, no existió en los que vivieron la negación de la democracia de un modo muchísimo más duro, es decir, en aquellos que sufrieron durante más tiempo el peso de la dictadura. Son cambios, son cuestiones que inevitablemente hay que observar. Nosotros en el '68, en el '73 y en los años

los años posteriores defendíamos, sin duda, la democracia; fuimos un factor importante en la defensa de la democracia. Pero también -y los acontecimientos podían amparar perfectamente esta visión- teníamos desconfianza hacia ella. El proceso de deslegitimación de la democracia que vivió Uruguay en esos años fue muy grande: la clase política, las Medidas Prontas de Seguridad, el desconocimiento del Parlamento, los conflictos con el Poder Judicial, la intervención de los Entes Autónomos, los sucesos golpistas del 9 de febrero del '73 y otros tantos acontecimientos se sumaron para que existiera tal deslegitimación. Recuperar ese estilo sustantivo de la democracia y tratar de proyectarlo hacia el futuro en lo que hoy es un valor indeclinable de los movimientos sociales en Uruguay fue, sin duda, un mérito de los que hicieron el gran esfuerzo por salir de la dictadura.

Estas son simplemente algunas reflexiones.

Agradezco enormemente la oportunidad de dirigirme a este Cuerpo, a los vecinos de Montevideo.

Comparto totalmente lo que aquí se ha señalado en cuanto a que debemos volver sobre estos acontecimientos, pensar sobre los mismos y, por sobre todas las cosas, aprender con humildad de cada uno de ellos.

DRA. NELLY GOITIÑO
Actriz, Directora Teatral y Ex Presidenta de la Junta Departamental de Montevideo

A través de los tiempos, desde la terrible historia de la Revolución Española, la gente de la cultura ha recordado una frase horrible, que fue la de aquel fascista que gritó: "Cuando oigo la palabra 'cultura', saco el revólver". ¿Por qué razón -nos preguntamos- las dictaduras, los regímenes totalitarios atacan con tal ensañamiento a las actividades de la educación o de la cultura artística en general? Lo hacen con una gran inteligencia. Porque el trabajo no solamente del educador de Primaria, Secundaria y de la Universidad, sino también el trabajo del artista, tiene una resonancia en el ser de una dimensión muy especial. El trabajador de la cultura apunta a desarrollar en sí mismo y en el medio que lo rodea, la capacidad de comprensión; aquel que trabaja seriamente en su arte, trabaja hondamente en el plano de la comprensión. Comprender implica asumir totalmente, con la propia vida, con la propia sangre, aquello que se

estudia y se decide; y esta capacidad de comprensión conduce a la capacidad de ser libre.

No es fácil obnubilar el entendimiento de alguien que está educado en la comprensión; tampoco es fácil arrollar la dignidad de alguien que está formado en ella. Por eso es muy lógico que las dictaduras traten de arrasar con la cultura. Lo hacen con ensañamiento y, casi diría, realizando una especie de cirugía terrible. Un ejemplo muy claro fue Pinochet, como señalaba recién el profesor: la imagen de Víctor Jara, el cantautor al que le cortaron las manos o Neruda muriendo sin asistencia. En Uruguay también tenemos muchos nombres de grandes trabajadores del arte y de la enseñanza que fueron víctimas de la dictadura.

¿De qué forma actuó la dictadura en nuestro país? Esto es muy conocido, pero hoy lo voy a recordar, en primer lugar, en el ámbito del teatro. La dictadura expropió -y utilizaría un verbo más cierto, robó- a “El Galpón” su sala de la Avenida 18 de Julio. Construir esa sala fue una verdadera epopeya. Hablo de muchísimos años, de muchísima gente, de muchísimas vidas, de tareas sin fin, de gente que amaba apasionadamente su trabajo, su herramienta cultural, con la cual pretendía incidir en una sociedad con los valores más altos que la perfilaban. La sala fue robada. Se pretendió ponerla en funcionamiento entregándola a cipayos. Y hubo algo muy positivo: el pueblo uruguayo “cerró” la sala “El Galpón”. Primero, como decía, la cerró la dictadura, pero quien realmente la cerró fue el pueblo uruguayo. La gente no fue; incluso no pasaba por sus puertas. Los compañeros, como Atahualpa del Cioppo o Braidot y tantos, tantos, debieron exiliarse. Les oí decir en muchas ocasiones que a la mañana no sabían en qué lugar se despertaban, porque iban de un pueblo a otro, de un lado a otro, en un exilio terrible, pero nos dieron una lección inolvidable de lo que es la unidad. Porque “El Galpón”, como tal, sobrevivió en el exilio, y esto no es fácil. Recuerden que para los griegos no había pena mayor que exiliar, porque significa arrancar de las raíces. En el exilio se pierden las referencias, crecen las soledades, pero se pierde el sentido de pertenencia y se vive en la extrañeza, incluso de sí mismo. Es un modo de no ser. “El Galpón” se mantuvo unido, y no solamente llevó adelante por toda América un repertorio de primerísima jerarquía, sino que también se transformó en el paradigma de la dignidad en el arte. Estos fueron los compañeros de “El Galpón”. Cuando se pudieron acercar un día hasta el Brasil, ya próximos al regreso, un actor que los fue a ver me dijo: “Me impresionaron mucho, porque tenían la mirada hambrienta de los perros”. Claro. Esto pasó con “El Galpón”.

En “El Circular” funcionó mucho un sujeto de muy triste memoria, que estaba permanentemente asentado -esa es la palabra-, como un marginal de la decencia, controlando actividades. En una escuela donde tratábamos de seguir formando a los jóvenes, un día este individuo se llevó detenida a una gran bailarina nuestra, María Minetti, embarazada a término, para interrogarla. Las consecuencias de esto fueron muy duras para esa mujer.

¿Qué pasó, entonces, con estos trabajadores? Fue muy curioso algo que ocurrió con el lenguaje. Los trabajadores del teatro aprendieron un lenguaje indirecto, metafórico, fantástico. Decían lo que tenían que decir de tal manera que la barbarie no podía decirles: “Usted dijo tal cosa”. “No, yo dije tal otra”. Pero el lenguaje era subliminal y muy claro. Y así pudimos continuar trabajando, formando escuelas, tratando de que los jóvenes no perdieran referencias. La mayoría, destituidos, pasaron de ser profesores a vender libros como podían, a vender sus propios libros, a formar academias de lo que pudieran. Es decir, trabajamos, trabajamos todos.

Otro ejemplo paradigmático que quiero recordar es el caso de Antonio Larreta, Taco Larreta. Taco había estrenado en “El Galpón” la obra Fuenteovejuna, y estando en Europa por unos días decidió volver, pero, felizmente, pudimos enterarnos de que estaba requerido; lo iban a ir a esperar para meterlo en sus mazmorras. ¿Qué pasaba? Las palabras de Fuenteovejuna. para esta clase de gente -corta de entendederas, pero de brutalidad muy larga- eran muy fuertes. Resonaban en “El Galpón” las voces que dijeron: “¿Quién mató al comendador? Fuenteovejuna, señor”. Y esta Fuenteovejuna, que le costó a Taco un exilio de muchísimos años, continuó trabajando; también fue la que le puso término a esta clase de gente que creyó que estaría en el poder por los siglos de los siglos, sin amén.

Cárcel, tortura, exilio, destituciones, robo, fueron moneda corriente para quienes tuvieron, tenían y tienen la osadía de creer en una sociedad mejor.

Pasó lo mismo con los músicos. En Venezuela, por ejemplo, la Filarmónica se enriqueció con nuestros mejores músicos, entre ellos: Hugo López, Haberli. Pasó lo mismo con los escritores -Benedetti, Galeano, etc- y con los pintores. Es decir, la cultura, los militantes de la cultura, fueron perseguidos con saña.

Hubo un lenguaje detestable, que fue el lenguaje del terror, el terror sordo. “Si hacen tal cosa, pueden perder la sala”. “Si hacen tal cosa...”, etc. Ese lenguaje del terror se fue infiltrando, y aún hoy hay que combatirlo de todas maneras. Durante mucho tiempo sentimos que nosotros mismos éramos

nuestros propios fiscales. Nos costó mucho sacarnos esta especie de latiguillo demoníaco de que "esto no se puede hacer". Hasta que vino, intensa e interiormente, la pregunta: "¿Por qué no se puede hacer?" Había que tirar abajo de una vez por todas esas estructuras que se nos habían ido infiltrando en la sangre.

En el teatro siempre hemos reflexionado sobre qué errores cometimos para que esto -obviamente, ayudados de todos lados- ocurriera. Ya los compañeros de este panel señalaron cómo ocurrieron las cosas. Brecht enseñó algo muy importante, y voy a recordárselos hoy en dos oportunidades. Cuando empezó el nazismo, en uno de sus poemas él decía: "Vinieron a buscar a los obreros, pero yo no era obrero, / después vinieron a buscar a los estudiantes, pero yo no era estudiante, / después vinieron a buscar a los profesores, pero yo no era profesor, / y después me vinieron a buscar a mí".

Esto lo vimos en nuestras batallas cotidianas, desde las barricadas de los teatros. Es una advertencia: el primer acto que se cometa contra la libertad de alguien es contra uno. Es una perogrullada lo que les digo, pero hay que vivirlo y llevarlo a la práctica, porque es verdad la advertencia brechtiana: "Un día volverán a buscarte a ti, en la medida en que dejes que crezca esta clase de gente".

Permítame reiterar: los grupos de trabajadores de la cultura se caracterizaron, en la predictadura, por un espíritu de pertenencia que los fortificó. Se pertenecía al taller Torres García; se pertenecía a los teatros independientes; se pertenecía a los diversos talleres de pintores; se pertenecía a las actividades musicales. Esa pertenencia a las instituciones les daba un vigor y una presencia en la vida cultural muy especiales. Pero esa pertenencia fue golpeada en las raíces. Ese latiguillo: "hacé la tuya", empezó a correr a todos los niveles, y aquella pertenencia se transformó en extrañeza: "Esto no me concierne; mientras yo haga mi papelito, si me reparten 'Hamlet', fantástico, y que otros se encarguen". También se escuchaba: "A mí me gustaría hacer tal cosa o tal otra". Aquella pertenencia se perdió, y pasamos a ser una especie de francotiradores en el ámbito de la lucha por la cultura. Y esto tiene que ser retrovertido con muchísimo vigor.

Tenemos que volver a pertenecer a un ideario que nos perfile, a instituciones que nos fortifiquen y tengan real peso cultural; y tenemos que apostar a un desarrollo de los jóvenes para que exista una corriente cultural que no vaya acorde con los saltos espasmódicos de los tiempos. Para esto es indispensable que nos mantengamos de pie, nosotros, los trabajadores de la cultura. Y me honro altísimamente al atribuirme esa condición.

En este aspecto, tenemos la obligación moral de revisar seudoverdades que nos han sido trasmitidas, por ejemplo que la cultura pertenece a la superestructura, eso es falso; que cultura es solamente Shakespeare o Picasso, falsísimo. Cultura es también una canción popular, una nana popular; cultura es el baile más inocente, tanto como un Stravinski; cultura es todo aquello donde el hombre apuesta lo que tiene para el mejor desarrollo de sus condiciones personales y del mundo social en el que está inserto. Es una vocación de elevación espiritual; es una vocación de solidaridad, y todo lo que se haga en este plano es cultura, que en su traducción más simple, significa cultivo. Este cultivo permanente de los valores tiene que ser una verdadera profesión de fe del trabajador de la cultura.

La libertad, la justicia, la igualdad, la verdad, son valores inalienables. Quiero señalar aquí el riesgo de su corrupción. Por eso exigimos justicia distributiva, erradicación de las medias verdades.

Pongo un ejemplo de corrupción del valor justicia: una de las cosas más vergonzosas de la historia de los últimos tiempos de este país es la llamada Ley de Impunidad. Cuando se pretendió, con ese ejemplo paradigmático de arbitrariedad legal, igualar situaciones absolutamente inigualables -como se hizo con esta Ley de Impunidad-; cuando se dijo que esa Ley había contado con apoyo y que era una Ley con todas las de la ley, fue una verdad a medias. La ciudadanía no supo qué estaba en juego, porque no se permitió el acceso a los medios de comunicación, que son de propiedad de aquellos a quienes les interesaba que no se supiera de qué se trataba. Estaba en juego la dignidad; estaba en juego la verdad, y por eso esa ley sigue chirriando hasta hoy.

Es verdad que hay una ley; es verdad que la Suprema Corte de Justicia, para su eterna vergüenza, por 3 votos contra 2 se afilió a esta barbarie; pero lo que también es verdad es que la ciudadanía no supo de qué se trataba, porque no se permitió que lo supiera. Esto para la gente de la cultura es un agravio profundo, porque negar información al ciudadano, no permitirle el acceso a la verdad o a los elementos que lo podrán conducir a la verdad, es una de las trampas más desleales que se puede cometer contra una colectividad. Y fíjense: no camina; hasta hoy esta vergonzosa Ley de Impunidad está chirriando. Y sin pretender tener dones de adivinación, más tarde o más temprano -según palabras magistrales de Allende-, los jóvenes que están hoy acá van a ver caer ese mamarracho jurídico, como lo calificó cierto jurista que lo había votado. Es un mamarracho jurídico que agravia las raices más puras de nuestra sociedad.

Sobre estas cosas hay que trabajar desde la cultura. Por esa razón, creo que tenemos por delante tareas muy importantes. "El vientre del fascismo todavía es fecundo". Me permití traerles unas palabras de Brecht, que supo mucho de fascismo, de persecuciones y de defensa de la cultura; las dice en su obra "La resistible ascensión de Arturo Ui". Como ustedes saben, Arturo Ui es una creación de Brecht sobre la figura trágica y ridícula de Hitler. En el epílogo de Arturo Ui, Brecht dice: "Respetable público: aprendamos a ver, / en vez de mirar como borregos. / En vez de charlar, / bla, bla, bla, bla, bla / debéis actuar. / Lo que habéis visto estuvo a punto de dominar el mundo / aún no hace tantos años. Los pueblos terminaron por tener la razón, / pero nadie puede cantar victoria antes de tiempo. / ¡Todavía es fecundo / el vientre que parió el suceso inmundo! / Respetable público: aprendamos a ver, / en lugar de mirar como el cordero / que marcha al matadero". Así habló el poeta.

Y bien, en esta brecha por la cultura, por la dignidad, por no olvidar, ojos en todo el cuerpo para que no se repita nunca más el horror que vivimos. En eso estamos y en eso seguiremos estando.



La Junta Departamental de Montevideo agradece la actuación especial del teatro "EL GALPÓN" que presentó fragmentos de la obra: "CUENTOS DE HADAS" de Raquel Diana.

Actrices participantes:

- Alicia Alfonso.
- Graciela Escueder.
- Sara Larocca.

Dirección: Juan Carlos Moretti.